

Yo siempre seré yo, a pesar de ti



TERESA LÓPEZ CERDÁN

*Yo siempre seré yo,
a pesar de ti*

Teresa López Cerdán

Esencia/Planeta

© Teresa López Cerdán, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2023
ISBN: 978-84-08-26835-2
Depósito legal: B. 311-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

El Corte Inglés, buenas tardes

23 de diciembre, seis de la tarde, edificio de oficinas situado en las calles del barrio de Suanzes, encontramos a Karma sentada en una de los cientos de sillas idénticas que hay en la planta en la que trabaja con cara mustia, mirando la pantalla de su ordenador, deseando que den las diez de la noche para salir huyendo hacia el metro y poder odiar un poco el transporte público porque tiene una hora de trayecto hasta llegar a su piso.

¿Algo que la consuele? Mañana es Nochebuena y coge el AVE en dirección a su casa para ser feliz y poder olvidarse del maldito auricular hasta dentro de una semana. Siete preciosos días sin oír a nadie quejarse a través de su oreja. Felicidad, osa llamarlo ella.

Bueno, vamos a dejarnos ya de mamoneo. Karma soy yo, tengo veintiocho años, siento los treinta a la vuelta de la esquina y quiero llorar solo de pensar que voy a dejar de tener la veintena dentro de nada. Es que si me preguntáis cuántos años tengo y yo os contesto rápido sin pensar, pues os digo que veintidós, pero no, queridas, tengo casi treinta y la vida manga por hombro.

(Menuda presión social nos han impuesto al hacernos

creer que cuando se acercaba la treintena venía con ella una vida resuelta.)

¿Por qué he empezado contándoos mi movida el 23 de diciembre? Porque fue el día en que él apareció en mi vida.

Sí, otra novela heteronormativa romántica, ya lo siento, de verdad que yo también quiero luchar contra esta mierda... Odio a los hombres educados en el patriarcado que han decidido no deconstruirse, odio lo que nos hacen vivir, odio como dicen las Pipiolas en su canción *Narciso* que no paguen la terapia si generan tantos traumas y, sobre todo, odio ser desgraciadamente hetero. Pero es que así era yo: una jovenzuela de casi treinta años que trabajaba de teleoperadora para El Corte Inglés por las tardes de lunes a sábado cobrando mil euros al mes, que estaba gorda, que no tenía novio ni intención de tenerlo. Y que estaba hasta el moño de la señora Arribas, que estaba al otro lado del casco gritando que no tenía la Ksi-Merito Frappé Berri Ponch que debería haberle llegado la noche anterior y que su nieta se iba a quedar sin Papá Noel, sin Navidades, sin infancia y sin felicidad por mi culpa.

Podría escribir un libro entero con las anécdotas que me pasaban por ser teleoperadora, pero no quiero aburriros. La señora me puso a su nieta al teléfono con todo su papo y me tocó explicarle a la niña que Papá Noel ese año tenía un esguince y que le llevarían la muñeca (la cual era HORRIBLE y jamás entenderé cómo era tan cara y cómo se había puesto tan de moda) los Reyes Magos, que son más chulos.

Pues ahí estaba yo, muerta del asco, mirando por la ven-

tana inexistente de mi trabajo, deseando que los minutos pasaran volando, cuando de repente llegó. La notificación. El principio del fin. Si ahora pudiera volver a vivir aquel momento sabiendo todo lo que traería detrás...

Pero, claro, yo ahí no tenía ni idea de nada.

Notificación de Tinder: ¡Tienes un nuevo *match*! (Tres emojis de los ojos con corazones)

Notificación de Tinder: Leo te envió un mensaje nuevo.

2

¿Por qué no me desinstalé Tínder definitivamente cuando aún estaba a tiempo?

Deslicé el dedo índice por la pantalla del móvil para abrir la notificación mientras mi cabeza pensaba: «Venga, otro tonto, a ver qué nos cuenta».

Hola, qué tal??? Cómo estás?? (Emoji sacando la lengua, emoji sacando la lengua)

Un saludo bien básico, a mi parecer, pero prefiero eso a los «Heyyy» que más de uno usa por ahí para hablar con damas de alta alcurnia como es mi caso.

Me quedé un poco loca al mirar su foto en miniatura porque el chico me sonaba de algo. Abrí su perfil y, efectivamente, yo con ese había hecho *match* antes... En una de las veintisiete veces anteriores que me descargué Tínder para luego borrarlo y después volver a instalarlo. Así soy yo.

Tú y yo ya hablamos antes de que me quitara Tinder, ¿no?

Jajaja, no lo sé, pero me suenas muchísimo.

Sí, sí, sí, seguro que sí. Eres profe, ¿verdad?

Jaja, pues encantado de nuevo.
Correcto. Ese soy yo (Emoji sacando la lengua). ¿Y por qué te quitaste Tinder?

Porque los señores por esta red social acostumbran a darme bastante pereza. Hice *match* con un hombre de treinta y dos años, quedamos para tomar algo y resulta que ese algo estaba en un club de intercambio de parejas. Tuvo a bien no facilitarme ese dato hasta que estuvimos dentro.

Esto es historia real cien por cien, no os lo digo de coña. A mí todo el rato me pasan estas cosas y no sé muy bien por qué. Todo me sale mal en el amor, es que no doy pie con bola. Lo que no sé es por qué lo sigo intentando.

Si me hubierais visto llorar en la taquilla del club de *swingers*... Mira, para qué. Menos mal que pude salir de allí a tiempo, antes de meterme dentro del todo. Sin dignidad, pero salí.

Le conté toda la historia, él solo me ponía «JAJAJAJA» (con mayúsculas y todo), me hacía preguntas maravillosas y me sacaba una sonrisa detrás de otra.

Después pasamos a hablar de su curro y del mío. Era profe de música en un cole, estaba cubriendo una baja, le molaba mucho ser el más joven del claustro y se llevaba genial con los chavales.

Le hablé de mí, le dije que había estudiado Periodismo y Arte Dramático, que el sueño de mi vida era ser actriz, que me estaba marchitando poco a poco mientras trabajaba de teleoperadora y que no estaba siendo mi mejor momento. Que yo antes me reía todo el rato, estaba rodeada de gente y no dejaba de viajar..., pero últimamente la rutina me había devorado por dentro y el trabajo me estaba matando lentamente.

¿Por qué le conté todo eso a un completo desconocido? Sinceramente, no lo sé. Pero me salió. No sé si fue confianza, no sé si era el principio del fin, no sé si simplemente necesitaba contárselo a alguien y justo apareció él para tragarse mi chapa. Pero una cosa sí que sé: no podía dejar de sonreír mientras miraba la pantalla.